

cieron erigirse contra un cuerpo de doctrina sostenido por una filosofía a la que él denomina Aristotélico—escolástico—tomista, que, según dice «es una astucia de la Vida para obligar a la Razón a que la apoye... y tanto la apoya, que la pulveriza». No pudo ser por tanto, tampoco el catolicismo, dada su postura (la de don Miguel) la solución de su problema, y no obstante todo su batallar fué el de querer creer, que tuvo su contrabatallar continuo en el «¿pero cómo ceer?», y al no poder hacerlo encauzado en ningún credo religioso, ni en ningún otro cuerpo de doctrina y al no poderlo él tampoco concretar, nos manifiesta que: la duda, la incertidumbre son el mejor espolique para proseguir en la busca de la Verdad; teoría que no sabemos hasta qué punto hubo de satisfacerle íntimamente, y que, si la sostuvo con sinceridad, da lugar a pensar que fué porque una latencia subconsciente, originada por el hábito de pensar siempre en «Yo» se lo motivara, constituyendo un último reducto en que defenderse. Este «Yo», necesitado de independencia; desligado de lo que dijeran Pedro, Juan o Tomás y de lo que dijera el Protestantismo, el Catolicismo o el Racionalismo, hizo que un trágico y heroico arranque—heroico por lo arriesgado—le impulsara a querer crear, a Dios, es decir, a darnos y darse la concepción de El, y como justificación propia de este intento, nos dice «creer en Dios, el Dios que da finalidad al Universo y le haga consciente y personal es en cierto modo, crearle... querer que le haya... lograr su definición» y en esta trágica aventura fué dejando su paz y quién sabe si perdiendo la Vida que quería salvar.

La discordancia entre sus sentimientos y su razón le hicieron hasta sus finales deshojar la margarita de su incertidumbre, preguntándole constantemente ¿es Dios como lo define Tomás, como le manifiesta Agustín o como le invoca Francisco?, a lo que cada pétalo deshojado le iba diciendo: no como Tomás, no como Agustín, no como Francisco, para, una vez llegado el último pétalo que deshojar, al que se le hacía la acongojante pregunta de ¿es como lo piensa Miguel?, oír la contestación desesperante ¡no!, no es tampoco como lo piensas tú, hermano Miguel.

¡Definir a Dios! ese fué su anhelo penetrado continuamente de angustias e interiores interrogantes que le hicieron tomar por propias las palabras de Roberston: ¿Es Dios un ser vivo? ¿vive fuera o dentro de mí?, hasta hacerle exclamar imprecatoriamente ¡dime tu nombre, tu terrible misterio del amor! y que, al no escucharle, le hace decir desfalleciendo: ¡Tal es la lucha de toda mi vida sería!

FRANCISCO MARCOS LOPEZ

## CUADROS DE ZURBARAN

### I

#### SANTA CASILDA

Del siglo XVII esta alcorniada dama,  
de noble empaque y gracia, sensual y palatina  
surgió como un ensueño, florida y ágil rama  
gala de una paleta rica, solar y fina...

La vestidura verde-tornasol, se recama  
de alegre filigrana pulida y argentina  
y, del escote terso viva como una llama  
desciende abullonada la seda purpurina...

El rostro altivo y frío que a rosicler trasciende  
una pompa banal rígida y cortesana  
en la llama acerada de sus ojos enciende...

Si un milagro de rosas aletea en sus manos  
todo en ella nos habla con vervad tan humana,  
que en el lienzo palpitan hálitos soberanos.

### II

#### LA VIRGEN Y LOS CARTUJOS

Un problema riente de blancos se conjuga  
en la estancia alumbrada por diez rostros cetrinos.

En las cales del muro luz morada se fuga  
en lucha con el aire de prismas matutinos...

En la arcilla porosa de los barroes se enjuga  
toda la clara esencia de los béticos vinos;  
el pan candeal, tostado en la mesa subyuga  
su gozo, por el nudo del jazmín con los linos...

Tiene la parva escena el musical encanto  
inefable y alado, radiante y primitivo  
de una acordada, simple y blanca sinfonía ..

Donde los rasos célicos y azulados del manto  
dan cobijo a los hombres, que con fuego votivo,  
quemán rudos afanes a los pies de María.

## III

**EL BEATO ENRIQUE SUZON**

La pálida estameña resplandece encendida  
de claro fuego ascético, sutil y apasionado.  
La carne demacrada palpita estremecida  
triumfante de la ronda donde acecha el Pecado...

En el amplio robledo, que a la oración convida  
el mercedario fraile se siente desolado;  
llama en diálogo mudo a Jesús que es la vida  
y en su delirio ardiente se siente torturado...

El corazón perdido en extraño delirio  
necesita llegar a una meta lejana  
pasando lentamente por dolor y martirio...

Un punzón rasga el pecho. La mente extraviada  
siente un placer agudo porque en su sangre mana  
el afán con que sueña, la cabeza extasiada...

## IV

**LA MUERTE DE UN FRAILE**

Solloza el Salmo en el doliente coro,  
como rama de sauce desgajada,  
llamas de cirios resplandor de oro,  
dan a la triste carne amortajada...

En el hondo silencio, clava el lloro  
el húmedo reflejo de su espada,  
y en la sombra violeta un rojo toro  
terror infunde que a la postre, es nada...

Cera pálida son las manos frías,  
que como garras rígidas emergen  
de la estameña en la figura inerte...

Armoniosas y graves dos teorías  
de monjes mudos al dolor convergen,  
en este paradigma de la muerte.

ANTONIO LOPEZ MARTINEZ



ALBUM EXTREMEÑO.—Castillo de Brozas